

DOSSIER

ARQUITECTURAS DEGENERADAS



Andrés Piña. La tribuna de la desnudez. 2022.

MI CUERPO ES ARCHIVO: CIUDAD, MEMORIA Y RESISTENCIA DISIDENTE

MY BODY IS ARCHIVE: CITY, MEMORY AND DISSIDENT RESISTANCE

Camila Lesch

Conocido como “Cam”, Camila Lesch es unx artista, arquitectx y académicx trans. Sus trabajos abordan temas de identidad, memoria, opresión y disidencia, en relación al cuerpo y al espacio.

Contacto: cleschag@gmail.com

RESUMEN

PALABRAS CLAVE

Memoria
Resistencia
Disidencia
Afectos

Este artículo propone una lectura del edificio Merced como un archivo vivo de memorias disidentes en Santiago de Chile. A través de su historia, el texto analiza cómo la arquitectura no es un fondo neutro, sino un cuerpo que porta huellas de la violencia, la resistencia y las disputas por la memoria en la ciudad. Desde su origen como residencia de élite hasta su apropiación como espacio de encuentros clandestinos, militancia, bohemia y disidencia, Merced ha sido testigo de transformaciones urbanas que reflejan las tensiones entre normatividad y resistencia.

La investigación dialoga con autorxs como Gloria Anzaldúa, bell hooks, Audre Lorde y Sara Ahmed para cuestionar la relación entre espacio, poder y memoria. A partir de casos como las animitas de Mónica Briones y Mauricio Fredes, se examina cómo la ciudad inscribe y borra las huellas de quienes han desafiado el orden social.

Al dar voz al edificio y narrar su historia en primera persona, el artículo propone una metodología que cruza la escritura académica con lo narrativo y lo afectivo, desafiando las formas tradicionales de construcción del conocimiento y reivindicando el espacio urbano como un territorio de lucha y memoria disidente.

ABSTRACT

KEYWORDS

Memory
Resistance
Dissidence
Affect

This article proposes a reading of the building Merced as a living archive of dissidence memories in Santiago, Chile. Throughout its history, the text analyzes how architecture is not a neutral backdrop, but rather a body that bears traces of violence, resistance, and disputes over the city's memory. From its origins as an elite residence to its appropriation as a space for clandestine encounters, militancy, bohemianism, and dissidence, Merced has witnessed urban transformations that reflect the tensions between normativity and resistance.

The research engages with authors such as Gloria Anzaldúa, bell hooks, Audre Lorde, and Sara Ahmed to question the relationship between space, power, and memory. Drawing on cases such as the animitas of Mónica Briones and Mauricio Fredes, the text examines how the city inscribes and erases the traces of those who have challenged the social order.

By giving voice to the building and narrating its story in the first person, the article proposes a methodology that interweaves academic writing with narrative and affective discourse, challenging traditional forms of knowledge construction and reclaiming urban space as a territory of struggle and dissident memory.

Esta investigación comenzó durante mi tesis de magíster cuando empecé a indagar en la historia de un edificio que llamaremos *Merved*. Ubicado entre las calles Merced, Irene Morales y Alameda, este 2025 cumple nada más ni nada menos que 100 años.

Vivo en Santiago de Chile y he pasado innumerables veces por ahí. Se encuentra a tan solo una cuadra de Plaza Italia/Baquedano, punto significativo de la ciudad. Sin embargo, poco se habla de éste. Personalmente, recién cuando estudié su historia y relación con la ciudad, empezó a cobrar un significado afectivo. Esto me permitió observar con otros ojos cómo su fachada cambia, cómo se borran y reaparecen inscripciones en sus esquinas. Como ha sido lienzo de diversas voces en la ciudad. He levantado información sobre su estructura: dibujé sus elevaciones, tracé sus variaciones en planta y en corte, intentando comprender cómo su materialidad guarda las huellas del tiempo. Este edificio juega un papel clave en la historia de las lesbianas en Santiago y me atrevo a decir, de las disidencias en general¹. No obstante, poco se sabe que ha sido testigo de algunas muertes. En 1984, Mónica Briones (primer caso de lesbo-odio registrado en el país); en 2019, Mauricio Fredes (manifestante durante el “estallido social”²). Estas historias, como tantas otras, oscilan en sus muros, constantemente silenciadas por intervenciones privadas que precarizan nuestra memoria disidente³. Me apena ver como cientos de personas caminan a diario por aquí, sin detenerse, sin saber lo que se ha vivido en estas esquinas, sin imaginar cómo las fachadas guardan la memoria de estos y tantos cuerpos en el espacio público. Este trabajo surge, entonces, desde la necesidad de interrumpir esa indiferencia, de visibilizar aquello que se resiste a ser borrado, de escuchar lo que la ciudad, a pesar de todo, sigue diciendo.

¹ Se entiende disidencia como persona o cuerpo que diside de la normatividad impuesta.

² Así es como se reconoce a las masivas manifestaciones que se llevaron a cabo a lo largo del país en 2019 en busca de mejores condiciones de vida y trabajo.

³ Gracias al esfuerzo colectivo de años de lucha disidente, este miércoles 12 de marzo de 2025 se inauguró una placa Conmemorativa por Mónica Briones a unos metros de *Merved*.

Busco contextualizar y fundamentar el análisis de un edificio histórico como archivo vivo de memorias disidentes y transformaciones sociales. La discusión abarca teorías sobre el espacio urbano como agente de resistencia, los cuerpos como territorios políticos y las dinámicas de control y normalización que operan tanto en lo humano como en lo material.

El marco teórico de este artículo se articula en torno a la idea de la arquitectura como espacio de memoria y resistencia, donde una edificación neocolonial de 1925 en el centro de Santiago se configura como un cuerpo-no-humano que dialoga con las vivencias de la ciudad. Desde la perspectiva de Gloria Anzaldúa (2016), la frontera se redefine como un espacio liminal de herida y curación, permitiendo interpretar las esquinas del edificio como puntos de encuentro que trascienden la rigidez de lo público y lo privado. bell hooks (2021) nos invita a repensar la inclusión y la disidencia en la transformación del espacio urbano, cuestionando divisiones tradicionales y proponiendo que la lucha por la visibilización de voces marginadas se plasme en la resignificación de estos lugares. Audre Lorde (1984), por su parte, destaca al cuerpo—tanto humano como simbólico—como portador de memoria y experiencia, enfatizando la interconexión de luchas individuales y colectivas. Complementariamente, las ideas de Sara Ahmed en *La política cultural de las emociones* (2015) y *Vandalismo Queer* (2021) enriquecen este análisis al subrayar cómo la orientación y la reconfiguración de los espacios desafía normatividades y abre vías para una lectura crítica de nuestros cuerpos en el espacio. Así, la intersección de estas teorías permite comprender el edificio no solo como una estructura histórica, sino como un agente activo en la construcción y resignificación de la identidad urbana y la memoria colectiva.

Por otro lado, nos acompañan en esta reflexión, Jorge Díaz con *Emancipar la lágrima* (2021) y Erica Montecinos con *Con tu recuerdo encendí mi fuego* (2024) quienes nos transportan a este Santiago cargado de recuerdos y afectos disidentes. Introduciendo la noción de un giro afectivo en la reconstrucción de esta memoria, enfatizando la necesidad

de recuperar las emociones y los vínculos que el discurso histórico oficial⁴ tiende a borrar. En este contexto, Vir Cano (2020) plantea la importancia de desprivatizar el duelo y colectivizar la herida, señalando que la memoria no solo debe ser narrada, sino también vivida y reapropiada en el espacio urbano.

Desde esta perspectiva, la esquina se erige como una materialización de la lucha por el control de la memoria colectiva. Donde el acto de borrar, entendido en este caso como el re-pintado sobre las inscripciones en sus muros, se contrapone a la capacidad de resistir y resignificar el patrimonio urbano, evidenciando la disputa sobre quién tiene el derecho de determinar qué es digno de ser recordado y celebrado. En este sentido, Guadalupe Jiménez-Esquinas (2014) cuestiona los valores que determinan qué se conserva y qué se desecha, señalando que la monumentalidad y la antigüedad no son cualidades objetivas, sino decisiones políticas que excluyen experiencias y memorias afectivas de sectores marginados. Este debate se complementa con la noción de “piel social” de Ahmed (2015), que nos permite entender los edificios no como estructuras inertes, sino como cuerpos que registran la historia y la violencia de quienes los han habitado.

Así, *Merved* no solo es un testigo pasivo del pasado, sino un agente activo en la disputa por el presente. Sus esquinas se han convertido en sitios de memoria viva que resisten la normalización del espacio urbano y desafían la idea de un patrimonio inmutable. Bajo esta idea, me pregunto,

¿Cómo las intervenciones en el espacio urbano, tanto físicas como discursivas, revelan las fronteras entre cuerpos humanos y cuerpos edificados, y qué nos dicen sobre las dinámicas de poder en la disputa por la memoria, el patrimonio y las narrativas disidentes en la ciudad?

Para intentar contestar esta pregunta he decidido acudir a otros medios discursivos. Decido que el mismo edificio, nombrándole *Merved*, cuente su historia en primera

⁴ Entendido como un discurso cartesiano que privilegia la razón por sobre la experiencia del cuerpo.

persona. La escritura académica ha tendido a privilegiar estructuras argumentativas y expositivas, dejando en un segundo plano formas narrativas y poéticas que permiten explorar otras maneras de conocer y comunicar. Sin embargo, el lenguaje no es solo un vehículo de información, sino también un territorio de experiencia y resistencia. Los autores que nos acompañan han demostrado que el conocimiento no es solo racional, sino también afectivo y situado; que escribir desde la experiencia y la subjetividad permite revelar dimensiones del mundo que la escritura objetiva muchas veces omite. En este contexto, dar voz al edificio no es solo un recurso estilístico, sino una forma de cuestionar quiénes son los sujetos legítimos de la historia y cómo los espacios urbanos participan en la construcción de la memoria colectiva.

NACIMIENTO

Me pueden encontrar en Santiago de Chile entre las calles Merced, Irene Morales y Alameda⁵. Nací como dos residencias con un patio/cochera compartidos. El patio se ubicaba en el segundo piso y se configuraba en torno a una fuente de agua. La cochera se ubicaba debajo de ésta y salía hacia la calle Irene Morales. Esos espacios eran mi punto de unión. Como si hubiese nacido siamés y no supiera qué parte pertenece a uno y al

⁵ llamada así popularmente desde inicios del siglo XIX. Ahora Avenida Libertador Bernardo O'Higgins.



Figura 1. Esquina Merced con Irene Morales.
Obtenida de la cuenta de flickr

santiagonostalgico.

<https://www.flickr.com/photos/stgonostalgico/7951541504/in/photostre>

otro. Aunque por fuera a veces me veo como uno sólo, legalmente sigo siendo dos lotes separados. Una línea divisoria documental, de registros. Una línea invisible, construida en papel y validada institucionalmente, a veces más pesada que la materialidad misma. Legalmente soy dos bajo la misma piel.

Apenas nació, el embajador de Colombia se mudó a mi lado norte, el más ‘cotizado’, que mira hacia el Parque Forestal⁶. Vivió conmigo unos años hasta que en 1929 su esposa falleció, y me vendieron a la familia Valverde. Para 1945, Luis Valverde también murió y su esposa, Elena Sánchez, se fue a Estados Unidos. Un viaje de ida sin regreso. Desde entonces, mis puertas permanecieron cerradas. Los objetos quedaron tal como estaban: muebles, vajilla, ropa, todo acumulando polvo en habitaciones que nadie recorría. Yo permanecí en pie, pero mi interior

dejó de moverse. Pero no por mucho tiempo. Tres personas hicieron de mí su refugio, su resistencia. No tenían título de propiedad, pero tampoco lo necesitaban. “Entrar a una casa vacía es hacer una afirmación: que la propiedad de una casa no justifica que la casa esté vacante. La propiedad no es solo el derecho a usar algo, sino el derecho a no usarlo” (Ahmed, 2021: 7-8). Y cuando llegaron los carabineros con el aviso de que mis nuevos

⁶ Parque urbano creado en 1905, que aloja entre muchas otras cosas, una escultura en homenaje a Rubén Darío. Lugar de encuentro de la primera reunión de la colectiva Ayuquelén (primera organización homosexual con orientación política en Chile) en 1984.

habitantes se hicieron de mis muebles y mis objetos, no hablaban solo de propiedad. Hablaban de orden y de legitimidad. Okupar⁷ es desobedecer. No es solo llenar un vacío, sino rechazar la instrucción de que ese vacío debe existir. La ocupación me convirtió en otra cosa, me volvió un espacio queer. Porque okupar una vivienda también es okupar la familia, desdibujar las fronteras de lo que es hogar, de lo que es pertenencia (Ahmed, 2021). Algo se torció, mi interior de familia burguesa perdió sentido.

Ese fue el fin de mi etapa residencial. Me abrí al mundo y conocí todo tipo de personas, todo tipo de vicios, de placeres, presencié peleas y amores, distintas posturas políticas, miedos y afectos de los cuales les iré contando. Nunca volví a ser solo vivienda. Nunca volví a ser un solo lugar. Una vez que fui okupado, mi rígido uso residencial atado a la familia nuclear perdió fuerza, quedando solo las huellas de ese pasado. Algo de desbloqueó en mí.

LOS 60

En los 60 me arrendaron a un empresario que vio en mí el escenario perfecto para el entretenimiento nocturno. Me bautizó Portada Colonial, como si así pudiera fijarme en el tiempo, pero yo nunca he tenido un solo nombre, los tengo todos al mismo tiempo.

Este fue un periodo de mucho baile. Mientras el restaurant llenaba me llenaba de conversaciones ruidosas y copas alzadas, múltiples cuerpos bailaban conmigo. Discotecas miraban hacia el norte y hacia el sur. Hacia la Alameda, Diva Dona. Y hacia Merced, Merced 88. No muy original, mi dirección norte.

Con tanta cosa pasando dentro mío, menos mal que me dotaron de tres pisos. En el primero, el bar absorbía el ruido de la noche. En el segundo, el restaurante acumulaba platos servidos con apuro. Y en el tercero, para coronar mi cuerpo espectacular, me

⁷ Se utiliza el término “okupar” con “k” debido a su relación con el anarquismo y la transgresión del orden establecido tanto espacial y económico como gramático.

bailaban. Yo no veía, pero sentía. Sentía el peso de los cuerpos sobre mis pisos de madera, los pasos apurados en las escaleras de madera, el sonido de tacos marcando el ritmo sobre mí. Aún hoy, cuando la noche avanza, a veces me parece que sus olores siguen impregnados en mis muros, como un recuerdo que se niega a disiparse.

He olvidado cuánto duró cada uso. Todo se sentía inestable. Entraban y salían arrendatarios, cada uno con su propio plan para mí.

LOS 70

Para 1971, dentro de mis muros comenzó a gestarse algo oscuro. No era ruido de fiesta ni conversaciones apuradas entre tragos, como en los años anteriores. Era otra clase de sonido. Discursos enardecidos, planes trazados en voz baja, el golpeteo de botas sobre el suelo. Durante un tiempo, fui sede del Frente Nacionalista Patria y Libertad. La derecha radical organizaba aquí sus encuentros, imprimía sus panfletos, ensayaba sus proclamas en contra del gobierno de Salvador Allende. Mi interior resonaba con sus palabras.

Entonces, en septiembre del 73, el estruendo del bombardeo a La Moneda sacudió la ciudad. Y yo, que nunca tuve ojos, lo vi todo. Sentí el peso de lo inevitable antes de que sucediera, antes de que el miedo tomara las calles, antes de que el país entero se volviera un campo de guerra.

Después del golpe, los mismos que antes hablaban en susurros dentro de mí ya no necesitaban esconderse. Se movían con confianza, con la seguridad de quienes saben que todo está de su lado. Yo había sido su refugio y su caja de resonancia, además de su testigo. Y hay cosas que, una vez que las ves, no puedes ignorar. Mis paredes no son neutras, tampoco inocentes. Y yo, que guardo demasiados silencios, termino sosteniendo el peso de la historia sobre mis muros.

Sentí órdenes dichas con la tranquilidad de los que saben que nadie les hará nada. Me di cuenta que mi cuerpo, mi espacio, había sido usado para cimentar una ciudad en la que

el miedo se volvió norma. Pero en la historia siempre hay contrapesos. Y yo, que había sido un espacio para ellxs, en los mismos años me volví refugio para algunxs, negocio para otrxs.

El *Jaque Mate* nació en plena dictadura y me hizo recordar que podía ser más que lo que intentaron hacer de mí. Era un bar, pero también era un escondite, una trinchera. La bohemia santiaguina llegaba hasta mis puertas, buscando un respiro, un rincón de libertad en un Santiago tomado por la represión. Uno de los meseros se ponía como guardián de mis entradas y decidía quién podía entrar. Quién podía refugiarse en mí. Quién podía, al menos por unas horas, debatir, compartir y a veces, olvidar que afuera la ciudad estaba tomada.

Algunas noches se hablaba fuerte, se discutía, se reía. Otras, el silencio pesaba más. La memoria no se construye solo con palabras, sino con el peso de lo que no se dice, con el eco de lo que se calla por miedo (Lorde, 1984). Dentro de mí, en esas mesas iluminadas, se compartían ideas que afuera costaban la vida.

No sé si fue el Jaque Mate lo que me hizo abrir los ojos. O si fue el golpe. O si fue la certeza de que las paredes también pueden ser cómplices, no porque actúen, sino porque sostienen lo que sucede dentro de ellas. Lo que sí sé es que nunca volví a ser le mismx. Nunca volví a pensar que la historia podía pasar a través de mí sin dejar marca.

LOS 80

En mi esquina de Irene Morales con Merced es donde una noche de dictadura⁸ escuché:

—*Te voy a matar, lesbiana conchetumadre.*

Mientras esas palabras resonaban en el aire, yo sentí los golpes.

⁸ La vuelta a la democracia se dio recién en 1990, luego del plebiscito de 1988.

A Mónica la conocía de antes. Pasaba por aquí seguido, vendía sus pinturas en el Parque Forestal, caminaba frente a mí bajo el sol y en la noche reíamos y discutíamos dentro mío, cuando me llamaba Jaque Mate. A veces escuchaba sus conversaciones. Un día, Rolo⁹ le dijo:

—*Ten cuidado, no eres normal, pueden borrarte* (Montecinos, 2024).

Pero ella no tenía miedo. O al menos no se le notaba. Siempre alzaba la voz, desafiando las normas que querían hacerla callar. Abiertamente lesbiana desde chica, viviendo en una ciudad donde ser diferente era una condena. Ella era un cuerpo que desbordaba el cálculo, que se negaba a ser un número en las estadísticas (Cano, 2022).

Y aquella noche la vi caer. Oí los puños, las patadas, los insultos transformados en sentencia de muerte. La sangre de Mónica empapó el cemento de la vereda y las manos de sus asesinos, que se alejaron tranquilos, bajo la oscura impunidad de la dictadura. Como si su rabia fuera un derecho y la existencia de Mónica, una provocación. Cuando llegó la policía, nadie había visto nada. Nadie se atrevió a hablar. En el Santiago de las botas, el silencio era un escudo (Lemebel, 1998).

No fui le únicx en ver lo que pasó. Otrxs me lo han contado también. Me han dicho que sus muros también han sido salpicados por la sangre de quienes iban contra la corriente. Calles, plazas y rincones de la ciudad llevan marcas invisibles de cuerpos que fueron negados, borrados.

Como les comentaba Cam en la introducción, yo tengo una relación particular con las disidencias. Las lesbianas, lxs maricones, lxs travestis, les no binaries, los cuerpos que existen fuera del margen somos contestatarios simplemente por existir. Estamos en choque constante con un sistema que nos quiere encajar en un original y su otro, en lo que es correcto y lo que debe corregirse. Pero, ¿quién dice qué cuerpos son los que deben

⁹ Su mejor amigo en ese entonces.

ser corregidos? ¿Quién tiene el poder de decidir quién cabe en la ciudad y quién debe desaparecer?

Esta idea de que ciertos cuerpos deben “enderezarse” puede ser analizada desde mi propio cuerpo. Cómo está distribuido, cómo está dividido, cómo está cortado, cómo se relacionan mis partes. A lo largo de mi historia me han cerrado entradas, me han abierto otras, me han silenciado, pintado, soldado, martillado, cortado, me han vestido y revestido para acomodarme a quien sea que me tuviera en sus manos.

Diseñadx para el confort de una familia que no se sostenía por sí misma, sino que precisaba de otras personas, quienes vivían en mí bajo condiciones opuestas. Diseñadx para privilegiar y oprimir en pos de una estructura doméstica elitista y ajustar a los cuerpos que me habitan bajo el canon de la familia nuclear burguesa.

A Mónica la mataron por no encajar con la idea de la mujer dócil, heterosexual y reproductiva. Esta idea moderna de controlar todos los cuerpos, de demarcarlos, circunscribirlos, diferenciarlos, hacerlos productivos, hacerme productivx, nos está matando. Porque así como ustedes lxs humanxs tienen a sus normadxs y sus deformes, nosotrxs también. Nos matan por existir fuera del molde. Nos demuelen, nos desaparecen cuando no encajamos en el sistema hetero-cis-capitalista.



Figura 2. Godoy, Javier. Jaque Mate, 1990.

LOS 90

Digo que el Jaque Mate funcionó hasta el 93, pero eso no es del todo cierto. En ese año Luis Suárez compró esa parte de mí, la parte que llevaba ese nombre desde los 70. Lo mantuvo, pero ya no era lo mismo. Se fue ese



Figura 3. Elaboración propia. Vista aérea Merced, superposición de planimetría realizada para el instituto técnico, 2025.

espacio de encuentro y discusión y llegó otro. Llegaron otros cuerpos, otro tipo de encuentros, otra manera de habitarme.

Mis dos pisos superiores se convirtieron en un prostíbulo clandestino. El resto de mí, en un motel y un cabaret. En mi patio, ese espacio que alguna vez fue compartido entre residencias, se levantó el detrás de escena del cabaret, los camarines de las bailarinas. Donde antes tuve una fuente, ahora era un tránsito constante entre lo visible y lo oculto.

Me subdividieron en pequeños cuartos. Pequeños cubículos donde apenas cabía una cama de una plaza contra la pared. Entre la cama y el muro quedaban apenas los centímetros necesarios para

que una persona pudiera estar de pie. Algunos de estos cuartos eran rojos, otros azules. El color lo daban dos elementos: la luz y la tela. Una tira de luces marcaba el espejo. En la cama, el raso seguía el mismo código de color.

LOS 2000

En el 2008, el alcalde no renovó los permisos a los actuales dueños. La familia Oyarce se enteró y decidió aprovechar para convertirme en instituto técnico.

Yo no les había contado, pero entre una de las residencias y la otra yo tengo un desfase de altura en mis losas. En el tercer piso se desfasan 30 cm, en el cuarto, casi 70. Yo siento que esos detalles son los que me dan personalidad. Esas peculiaridades se encuentran en

diálogo constante con las operaciones bajo las cuales mis recorridos se ordenaron. Tenía que unificarme a sus ojos.

Como les contaba antes, yo fui diseñadx como residencia para la élite. Eso significaba grandes cocinas, habitaciones de servicio subterráneas y una multiplicidad de cuartos que nunca encontraron su lugar durante las décadas que siguieron. Fui perforado, ajustado, tapado, revocado, demolido, tantas veces que ya es difícil saber cuál era mi forma original. Me pusieron un ascensor. Me sacaron el entrepiso de madera que daba hacia la Alameda. Pulieron mis pisos, repintaron mis muros, restauraron mi fachada. La eliminación del daño, las manchas, los rasguños, fue también la eliminación de las huellas de una existencia extraña (Ahmed, 2021). Como si borrar las marcas del tiempo pudiera eliminar lo que pasó dentro de mí.

Se aseguraron de que cada sala tuviera su propósito claro, de que los baños estuvieran bien delimitados, de que los pasillos sirvieran para llevar a la gente de un punto A a un punto B sin demasiadas distracciones. Las fronteras no solo separan territorios, también organizan los cuerpos dentro del espacio (Anzaldúa, 2016). Antes, mis recorridos eran múltiples, desordenados, con habitaciones que no seguían una lógica clara. Ahora todo debía estar organizado, funcional. Había que borrar la ambigüedad improductiva.

Me unificaron, limpiaron, institucionalizaron. Para eliminar los rastros de los cuerpos que no cabían en esta nueva idea de mi cuerpo.

Mis cambios espaciales no son neutros. Delimitan qué cuerpos pueden habitar y cuáles deben irse. Me fragmentaron tantas veces a lo largo de los años, pero esta fue distinta. No se trataba solo de tabiques y muros, sino de la manera en que debía ser leído. Lo que antes era precariamente un espacio flexible, ahora era un esquema rígido. Me estaban corrigiendo. No era una simple adaptación, era una reescritura de lo que querían que representara.

MIS ESQUINAS ALBERGAN LA MEMORIA DE QUIENES SE REBELAN

“La desorientación puede ser una sensación corporal de perder el lugar propio, y un efecto de la pérdida de un lugar: puede ser un sentimiento violento, y un sentimiento que se ve afectado por la violencia, o que es marcado por la violencia que se dirige contra el cuerpo.”

—Sara Ahmed (2006: 220)

En los últimos años, dos de mis esquinas han sido marcadas por la muerte. En el 84 mataron a Mónica. En el 2019, a Mauricio.

Ese año, la ciudad ardió. Los edificios vivimos una revuelta social que cuestionaba los dictámenes que habían sido arrastrados desde la dictadura a través de la Constitución vigente. A veces, nos arrancaban pedazos y los usaban de proyectiles. Yo era para ellos lo que las bombas lacrimógenas y los perdigones eran para la policía. Fue hermoso sentirme parte.

Mauricio estaba en una de estas marchas cuando, escapando de la represión, cayó en un pozo con agua electrificada, justo a mis pies. En mi lado cerrado y abandonado. En mi lado que no se le permite abrirse a la ciudad. La esquina de Alameda con Irene Morales. Poco después, sus amigos y familiares me utilizaron como lienzo. Me convirtieron en animita¹⁰. Como en la otra esquina, donde Mónica representa la resistencia lésbica, la de Mauricio encarna a lxs muertxs y heridxs de la revuelta social del 2019.

“Desprivatizar el duelo y colectivizar la herida, tal vez sean las maneras de hacerle algo de justicia a lo inmenso del corte, así como a lo que esa laceración es capaz de ligar, unir y entrelazar.” Vir Cano (2020)

Ambas esquinas. Ambas muertes. Ambos intentos por vivir fuera del sistema establecido.

¹⁰ Animita es como se le conoce popularmente en Chile a una demostración estética en el lugar de muerte de la persona a modo de recuerdo y conmemoración de su vida.

“Porque es allí, en esa intemperie compartida, en ese fin que también es comienzo, en ese reparo que se teje con otrxs muchxs y mayormente desconocidos, donde quizás podamos con-dolernos por esta herida lacerante, incluso inventar los conjuros con los que curar algo de nuestro extenso y tembloroso dolor.”
—Vir Cano (2020)

Las expresiones artísticas en el espacio público fueron clave en este periodo. Se volvieron una manera de disputar el derecho a la ciudad, de inscribir en los muros la memoria colectiva. Por eso, fue problemático cuando, en febrero del 2020, aparecieron todas las fachadas pintadas de un gris frío y homogeneizador. Las calles eran intervenidas para ser corregidas. Entre ellas, la fachada del GAM¹¹ y del Centro Arte Alameda, cuyos equipos denunciaron la acción como un acto de censura y violencia simbólica.

Las expresiones artísticas en el espacio público fueron clave en la revuelta. Se volvieron una manera de disputar el derecho a la ciudad, de inscribir en los muros la memoria colectiva. Pero la memoria, como el espacio, es disputada (hooks, 1990). Este borrado no fue solo una limpieza de muros. Fue una estrategia de silenciamiento. Se repitió la lógica de control que ya había sido aplicada sobre cuerpos humanos (Desobediencia, 2020). Como en la fachada de la sede de Comunidad Cultural Rogelia¹², donde los insultos escritos con rabia (“fleto”, “jiles qlos”) fueron apropiados como gesto de resistencia:

“Si quieren que nuestros muros digan ‘fletos’ ... entonces fletos dirán.”¹³

¹¹ Centro cultural Gabriela Mistral.

¹² Espacio cultural disidente que funcionó en el barrio Matta Sur (Santiago) hasta su cierre en 2024.

¹³ Esto es lo que pusieron en las redes sociales de Comunidad Cultural Rogelia cuando invitaron a pintar colectivamente los mismos insultos en su fachada a modo de reapropiación.

Un año después, ya no había insultos. Solo pintura gris, tapando lo que antes habían querido corregir con palabras. Cuando el insulto deja de servir, llega el borrado.



Figura 4. Fotografía propia. Fachada Merced hacia el Parque Forestal. Septiembre 2020.



Figura 5. Izquierda: fotografía propia, fachada Alameda. Derecha: Radio Comunitaria Villa Olímpica (facebook). Anímita en conmemoración a Mauricio Fredes, 2019.



Figura 6. Fotografía propia. Animita a Mónica Briones, esquina Merced con Irene Morales. 8 de marzo 2021.

CENTENARIO (2025)

LA NEGACIÓN DE LA DIFERENCIA Y LA REAPROPIACIÓN COMO RESISTENCIA

Ustedes me perciben como un fondo neutral, un paisaje pasivo. Pero reflejamos y reforzamos las ideas que ustedes sostienen como sociedad, en términos de género, raza y relaciones de clase (Weisman, 2005).

Se pelean mi piel, capa tras capa. Me rayan, me pintan, me dibujan, me prenden velas. Luego me cubren, me borran, me uniforman. Mi piel recibe las impresiones de la ciudad (Ahmed, 2015).

Soy un inmueble de conservación histórica¹⁴. Se legisla sobre los cuerpos humanos, se legisla sobre mi cuerpo edificado. Cualquier alteración que se me haga debe ser aprobada por una serie de instituciones gubernamentales. Me defienden en nombre del patrimonio,

¹⁴ Ficha n°184. Catálogo de Inmuebles de conservación histórica. Asesoría urbana 2018. Municipalidad de Santiago.

como si conservarme fuera mantenerme intacto. Pero la conservación es también una decisión política.

“La antigüedad, la monumentalidad, la nobleza y el valor artístico se suponen valores universales objetivos y potencialmente patrimonializables, cuando hay personas que no establecen una relación afectiva con esos referentes y, viceversa, dichos referentes tampoco establecen relaciones afectivas con partes de la comunidad en la que se insertan.”
Jiménez-Esquinas (2017)

Yo sí sé quiénes establecen una relación afectiva conmigo. Sé quiénes me pintan, quiénes me ocupan, quiénes me lloran. La memoria no es un archivo estático, sino un campo de batalla en el que los cuerpos marginados siguen reclamando su lugar (Lorde, 1984).

¿Por qué quieren mantenerme en mi estado original? ¿Original según quién? Siempre he sido un otrx. Desde mi concepción bajo una lógica algo historicista que ya venía mezclando estilos y culturas. Si habláramos de mi estado original, debería volver a ser dos partes con un patio compartido. Debería abrirme al norte y al sur, conectando el Mapocho con el pasado fluvial de la Alameda. Si el patrimonio fuera realmente una práctica de memoria, no buscaría congelarnos en un imaginario europeo que nunca nos representó. “¿Qué pasa con los afectos y las emociones cuando volvemos a un pasado que nos implica?”—Jorge Díaz (2022). Parece que la memoria solo importa cuando se puede controlar. Cuando se puede domesticar, transformar en un discurso que refuerce las mismas narrativas de siempre.

Yo también tengo que servir a una idea de ciudad. Estamos en una purificación permanente, una de las dimensiones fundamentales de la normalización social.

Estas relaciones operan sobre ustedes y sobre mí. Nos cercan, nos marcan, nos doman y exigen de nosotrxs signos de orden (Foucault, 1977). Pero yo sé lo que pasó aquí. Yo sé los nombres que intentaron borrar. Y aunque me repinten, aunque intenten silenciarme, mis muros aún guardan la memoria de sus cuerpos.

“Las fronteras no solo separan territorios, también organizan los cuerpos dentro del espacio.”—Anzaldúa (1987). Las fronteras no son solo líneas físicas. Son construcciones que determinan quién pertenece y quién es empujado a los márgenes. Y el patrimonio ha funcionado como una frontera que excluye ciertas memorias y las disidencias que las encarnan (Anzaldúa, 1987).

Mis esquinas ya cargan con la muerte de dos personas que intentaron vivir de otra manera. Mi piel y mi cuerpo le pertenecen a las disidencias, porque yo también soy una. Mi interior y mi exterior están desconectados. Dudo que puedas entenderme si solo me ves por fuera. Quizá si no estuvieran demarcándome y borrándome constantemente, mi exterior reflejaría lo que soy por dentro. El borrado es una violencia silenciosa.

En Chile, las disidencias siempre han habitado los márgenes, los contornos críticos de la cultura y la política. Durante la dictadura, fueron perseguidxs y expulsadxs del discurso. Ustedes no tienen ningún registro de las violaciones a los derechos humanos que yo presencié hacia ellxs (Desrues, s.f.).

Mi configuración espacial poco ha servido al modelo de vivienda unifamiliar. Tal vez por eso ha podido ser un espacio para quienes no encajan del todo.

TESTIMONIO VIVO

La escritura académica, tradicionalmente estructurada en formatos argumentativos y expositivos, ha tendido a privilegiar ciertas formas de producción del conocimiento, relegando las expresiones narrativas y poéticas a un segundo plano. Sin embargo, el lenguaje no es solo un vehículo de información, sino también un territorio de experiencia



Figura 7. Fotografía propia. Esquina Irene Morales con Merced. Diciembre 2024.

y resistencia. Lxs autorxs ciudadxs han evidenciado que la experiencia vivida, el lenguaje encarnado y la subjetividad son fundamentales para comprender las dinámicas del poder, la memoria y la resistencia. Dar voz a *Merced* no es solo un recurso estilístico, sino una estrategia epistemológica: reconocer la agencia de los espacios implica entender que la arquitectura no es un fondo neutral, sino un cuerpo que se inscribe en la historia.

Si las fachadas guardan los recuerdos de los cuerpos en el espacio público, entonces escuchar a *Merced* es escuchar las huellas que persisten, aun cuando se intente borrarlas.

Contar su historia en primera persona es reconocer que el espacio urbano no es pasivo: es testigo, es archivo, es cuerpo. A través de esta forma narrativa, este artículo busca reconfigurar el modo en que comprendemos la relación entre arquitectura, memoria y disidencia, ampliando los márgenes de lo que consideramos conocimiento y permitiendo que la ciudad hable desde sus cicatrices.

Así, se articulan las relaciones entre espacio, cuerpo y memoria para interpretar a *Merced* no solo como un objeto arquitectónico, sino como un testimonio vivo de las transformaciones sociales y políticas en Santiago. Su historia refleja las tensiones entre lo normado y lo disidente, ofreciendo una lente crítica para abordar las dinámicas de poder que atraviesan tanto a los cuerpos humanos como a los territorios urbanos. La memoria disidente se resiste a ser reducida a un dato frío, a un número más en las estadísticas. En ella habitan el temblor de la piel, la rabia insumisa y la conmoción compartida. No es un

ejercicio de archivo ni de simple acumulación de hechos: es un pulso vivo que nos sacude, nos vincula y nos exige respuesta (Díaz, 2022).

Es a través de Merced que podemos hacer visible este pulso, pues su historia nos permite discutir qué es lo que consideramos patrimonio, quiénes tienen el privilegio de escribir la historia y quiénes ven sus huellas sistemáticamente borradas. Recordar no es un gesto neutro, sino una confrontación con el presente, un ejercicio de resistencia frente a un tiempo que se nos impone como progreso inevitable, cuando en realidad es un territorio de disputa donde los derechos y las vidas pueden ser desechados, alterados o silenciados (Díaz, 2022).

Por eso, necesitamos articularnos desde la colectividad, expandirnos, ocupar el espacio público, porque solo en la comunidad el dolor encuentra sentido y se transforma en acción (Vir Cano, 2020). Es en ese gesto de con-dolerse juntxs donde el duelo se vuelve resistencia, donde el pasado deja de ser un peso muerto y se convierte en la materia con la que imaginamos otros futuros posibles (Vir Cano, 2020).

Este artículo no se sustenta solo teóricamente, sino en la investigación personal, en el trabajo de campo, en la recopilación de planos, en el contacto con entes involucrados, en la observación directa del edificio a lo largo de los años y en su transformación a través del tiempo. La metodología aquí propuesta proviene de lxs activistas, de los afectos, de los recorridos, de la necesidad de construir memoria desde la calle y no solo desde la academia.

Este trabajo también es un gesto de agradecimiento a todxs quienes han resistido, porque sin ellxs no seríamos nada. Sin ellxs, *Merced* tampoco tendría voz.

BIBLIOGRAFÍA

- Ahmed, Sara. *La política cultural de las emociones*. México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 2015.
- Ahmed, Sara. *Vandalismo Queer*. Traducción libre por Nicolás Cuello. Buenos Aires: Viscosa editora, 2021.
- Anzaldúa, Gloria. *Borderlands/La Frontera: The New Mestiza*. Traducción de Carmen Valle. Madrid: Capitán Swing Libros, 2016.
- Desobediencia visual. "Sobre violencia simbólica y representación disidente." *Lesbianidades*. Septiembre 2020. <https://lesbianidades.com/2020/09/sobre-violencia-simbolica-y-representacion-disidente/>.
- Desrues, Anna (sf) *Diversidad sexual en la dictadura militar*.
- Díaz, Jorge. *Emancipar la lágrima: Ensayos interdisciplinarios sobre arte, ciencia y activismos de la disidencia sexual*. Santiago: Editorial Trío, 2021.
- Cano, Vir. *Po/éticas afectivas: apuntes para una re-educación sentimental. o]*. Buenos Aires: Galerna, 2022.
- Foucault, Michel. *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo veintiuno, 2002.
- Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad vol. 1: La voluntad de saber*. Buenos Aires: Siglo veintiuno, 1977.
- hooks, bell. *Afán: raza, género y política cultural*. Traducción de Ana Useros Martín. Madrid: Traficantes de sueños, 2021.
- Jimenez-esquinas, Guadalupe. Des-patriarcalizar el patri-monio: una propuesta desde el feminismo. *La descomunal*. vol.30, 2014.
- Lemebel, Pedro. "Las amazonas de la colectiva lésbica Ayuquelén", *De perlas y cicatrices*. Santiago: LOM Ediciones, 1998.
- Lorde, Audre. *Sister Outsider: essays and speeches*. Berkeley: Crossing Press, 1984.
- Montecinos, Erika. *Con mi recuerdo encendí el fuego. Mónica Briones Puccio, una biografía personal*. Santiago: Editorial Planeta, 2024.
- Weisman, Leslie Kanes. *Routledge International Encyclopedia of Women: Global Women's Issues and Knowledge*. Eds. Cheris Kramarae, Dale Spender. Londres: Routledge, 2005.